

LIC. RAFAEL MONTEJANO Y AGUIÑAGA

MÉTODOS DE INVESTIGACIÓN
DE LA HISTORIA REGIONAL

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Sobretiro de HUMANITAS, Número 13.

Universidad Autónoma de Nuevo León, 1972.

F1225
L5
M6

F 1225

. 5

M 16



1020080891

MÉTODOS DE INVESTIGACIÓN DE LA HISTORIA REGIONAL *

LIC. RAFAEL MONTEJANO Y AGUIÑAGA
Academia de Historia Potosina

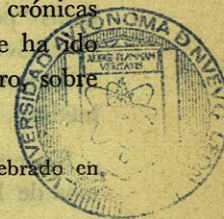
EL ESTUDIO de la o de las historias regionales de México, por diversas circunstancias: geografía irregular, diferentes grados de desarrollo de las entidades, heterogeneidad étnica, limitación o carencia de toda clase de medios y, muy principalmente, la centralización de las más importantes actividades humanas en el Distrito Federal, ha sido hasta ahora empresa de aficionados más o menos autodidactas o empíricos nativos de la misma región. Ellos, al margen de los centros de investigación de la capital, de las grandes colecciones documentales y bibliográficas, muchas veces completamente aislados, sin más que su gran afición a la historia y a la tierra, han hecho y hacen su obra.

Aficionados al fin, pues en el interior son contados los historiadores profesionales, y carentes, por lo general, de esa formación específica que actualmente se da en las escuelas o facultades de ciencias históricas, van dejando en su obra unas muy explicables limitaciones. Si hay acuciosidad en la investigación, exuberancia de datos y aun cierto rigor científico en la exposición, se advierte —salvo honrosas excepciones—, la falta de método en el enfoque, en el aparato crítico y en la misma composición.

Y en que nuestra Historiografía Regional, como la Historia misma, ha ido evolucionando de tal manera que, de una simple narración más o menos ordenada, va pasando, lenta, laboriosa pero efectivamente, a una ordenación sistemática basada en criterios científicos y universales.

Este proceso iniciado cuando empezaron a aparecer las primeras crónicas regionales en los albores de nuestra nacionalidad, data de siglos, y se ha ido acentuando en las últimas décadas. Las comunicaciones sociales, pero, sobre

* Trabajo presentado al Congreso de Historia del Noreste de México, celebrado en Monterrey en septiembre de 1971.



Capitán Alfonsina
Biblioteca Universitaria

55820
FONDO UNIVERSITARIO

F1225
.5
M6

CAS 6-11-77

todo, el ejemplo e influencia de los centros metropolitanos de investigación, tales como los institutos de la UNAM, El Colegio de México y otros, más las actividades de los nuevos historiadores egresados de los mismos, han ejercido una benéfica acción. Así vemos que los artículos, los libros y las publicaciones periódicas consagradas a la Historia Regional, van elevando cada vez más su calidad, tanto en el método cuanto en la concepción histórica. Ya no es únicamente la historia política, religiosa y militar el objeto de los investigadores regionales, ya sienten que la comprensión integral del hecho histórico requiere el estudio de la "totalidad" de los factores que intervienen en su determinación.

Si el progreso positivo de la Historia como ciencia en el siglo pasado consistió: primero, en la perfección y refinamiento del método; segundo, en el enriquecimiento de su material; y, tercero, en la ampliación de su campo; lo mismo puede decirse de nuestra Historia Regional en las últimas décadas.

Efectivamente, la edición de ciertas colecciones documentales y bibliográficas, la aparición de manuscritos desconocidos, el progreso de las disciplinas afines o auxiliares, la necesidad de decir algo más que lo publicado en obras anteriores y la benéfica influencia ya dicha, obligó a la adopción del método científico; e igualmente, al fomento de la eurística, o sea, al conocimiento de las fuentes, especialmente impresas, dadas a conocer por las bibliografías regionales y nacionales. Fue así como también se convirtió en objetos de estudio macizo y profundo actividades poco o nada estudiadas antes: numismática, genealogía, archivonomía, por ejemplo, y aun las ideas y las artes, la cultura, en suma.

Las limitaciones materiales y científicas —bibliotecas deficientes, archivos en desorden o sin índices, ausencia de apoyo económico, carencia de editores— han frenado este progreso de la Historia Regional y la divulgación de la obra hecha. Puede afirmarse que, cuanto se escribe y publica en el interior, es obra o inédita o semiinédita, que muchas veces no llega ni siquiera a los especialistas. La comprueban las numerosas y graves omisiones, por lo que a la investigación regional se refiere, que se advierten en la amplia reunión de bibliografías históricas que, con el rubro general de "Veinticinco años de investigación histórica en México" publicó El Colegio de México en los números 58-60 de su revista *Historia Mexicana*, no obstante haber sido compiladas "por diferentes especialistas". Aun cuando se dio a cada una de ellas el carácter de "bibliografías selectivas", hay trabajos de Historia Regional a los que, por haber aparecido en el interior y, en consecuencia, por ser semiinéditos, no se les dio ningún lugar.

Sin embargo, creo que es tarea de quienes, así sea por afición, nos ocupamos de la Historiografía Regional, el reivindicarla, elevando e integrando el

método de nuestras investigaciones por medio de la rigurosa aplicación, lo más rigurosa posible, de las exigencias científicas de la Historia tal como ésta se concibe ahora.

Lo primero, la eurística, o sea el conocimiento de las fuentes en su sentido más amplio. Creo que esta es el principal problema con que se tropieza en el interior de la república para el desarrollo de la Historia Regional y la integración de la historia nacional: el desconocimiento de las fuentes.

Cierto que, por muchas y diversas causas, gran cantidad de fuentes se han perdido o se están perdiendo. Pero eso mismo nos compele a acercarnos a ellas para salvarlas y difundirlas, tanto más que, para la totalidad de la comprensión del hecho histórico, ahora debemos asir no sólo la información política, militar y religiosa, sino también la información económica, estadística, artística, cultural.

Para los cuatro siglos que se deben historiar, no podemos exigir la misma amplitud y riqueza informativa que se precisa para conocer el pasado de los pueblos de existencia plurisecular. Por otra parte, en base a las limitaciones impuestas por el medio, debemos restringir en forma práctica el alcance de la eurística.

Las fuentes orales: canto y narración, la fábula, la leyenda y las sentencias y refranes, sólo excepcionalmente nos dan material; debemos insistir en las fuentes escritas: inscripciones, genealogías, memorias, efemérides y diarios, biografías, epistolarios y hojas sueltas en general. Problema aparte son los archivos. Éstos se encuentran —salvo honrosas excepciones— en desorden; aquellas, dispersas. De ningunas hay catálogos que permitan su conocimiento y su uso.

En cuanto a las fuentes y literatura impresa: libros, folletos y publicaciones periódicos, nos encontramos en el mismo caso. Muchas de ellas se han perdido; lo que está coleccionado es poco; las bibliotecas estatales o universitarias carecen de carácter estrictamente regional, o sea, por lo general no tienen un fondo dedicado a salvar y conservar lo referente al respectivo estado o región; finalmente, las bibliografías de este tipo, hacen falta. Cierto es que contamos —en lo que a esta parte del país atañe— con las bibliografías de Alcorta y Pedraza, para San Luis Potosí, y con las compiladas por la Sociedad Neoleonesa de Historia, Geografía y Estadística y por González y Ordóñez para Nuevo León, pero faltan las generales de los otros estados de dicha porción de la república y las particulares, incluyendo biobibliografías de todas las actividades humanas.

La compilación de catálogos de todas estas fuentes, tanto manuscritas co-

mo impresas, es básica para los otros pasos de la metodología histórica: la crítica de fuentes, la interpretación y la exposición. Mal puede hacerse la crítica cuando, ante la pobreza de material informativo, se carece de elementos para la justipreciación del testimonio; mal, así mismo, puede hacerse la concepción y exposición, cuando, por idéntico motivo, el conocimiento y reconstrucción del pasado resulta incompleto e imperfecto.

Por eso, para la correcta aplicación de la metodología en la Historia Regional, tomando en cuenta que, por lo general, ésta la hacen investigadores aficionados, lejos de los grandes repositorios y con una gran limitación de toda clase de medios, se impone:

- a) la salvación de toda clase de archivo y su funcional clasificación y catalogación;
- b) la recuperación y publicación de memorias, diarios, epistolarios y demás material semejante que se encuentra disperso e inédito;
- c) la compilación de catálogos, de ser posible analíticos, de este material;
- d) la formación de bibliografías y hemerografías, tanto generales como especiales;
- e) el intercambio, a nivel nacional y regional, de cuanto, así sea monográfico, se produzca en provincia; y, finalmente,
- f) interesar a los gobiernos y universidades para creación y sostenimiento de centros o institutos o departamentos de investigación histórica regional, con los medios humanos y económicos suficientes para que cumplan con su cometido.

Las ciencias, por el rápido y riguroso desarrollo que han alcanzado en la actualidad —y en este caso está la Historia, aun la Regional— exigen más que nunca. Estas exigencias ya superan con mucho las posibilidades del investigador aislado o del grupo de aficionados que sólo cuentan con sus propios recursos personales. La metodología forma en la actualidad uno de los elementos esenciales de la obra histórica. Ya no es un simple adorno erudito, al estilo de la literatura gerundiana. De tal manera la afecta que, sin ella, por lo menos, puede ponerse en lite su veracidad, su originalidad y su valor. Y el método depende en gran parte, para su correcta aplicación, del material informativo que se tenga a mano.

55820

